

Masa fermentada. Reflexiones sobre la Teología de la Liberación

Martín Ajzykowicz ¹

RESUMEN

La Teología de la Liberación (TL) se abocó, como espacio de reflexión y diálogo, a trazar una conexión esencial entre el ámbito sagrado y el terreno profano, entre el Cristo de la fe y el Jesús de la historia, entre la historia de la salvación que propone el cristianismo y la humanidad. Fue portadora de un mensaje de liberación y justicia social que condenó la situación de deshumanización presente en el continente americano denunciando el autoritarismo político-económico; para ello, profundizó en las raíces del cristianismo como portador de una teología de trascendencia que habilita al ser humano a redimir su vida, la de quienes lo rodean y el mundo en el que habita; en este sentido, fue clave a la hora de pensar en la promoción de la justicia y la paz en la construcción de una nueva sociedad en tiempos complejos como los que transcurrían bajo un contexto de violencia y pobreza estructural en Latinoamérica a partir de los años sesenta.

El presente trabajo de investigación repasa, a modo de introducción, algunos de los puntos relevantes de la TL desde una óptica que parte de la fe, la teología y la praxis que se desprenden de dicho movimiento. En primer lugar, haremos una breve aproximación al contexto eclesiológico de la Iglesia católica, bajo el pontificado de Pablo VI, con algunos aportes procedentes del Concilio Vaticano II y de los textos de la Segunda Conferencia General del Episcopado latinoamericano en septiembre de 1968. En segundo lugar, retomaremos los postulados fundamentales de la TL en tanto el sentido dado a la teología redefiniéndola en dirección a poder ser encarnada en quienes anuncian la liberación a partir de una praxis eclesiológica particular. En tercer lugar, a modo de conclusión, reflexionaremos acerca de las improntas que caracterizaron al ejercicio intelectual y teológico de la TL en relación a sus propuestas intelectuales y los resultados obtenidos como movimiento eclesial y en pleno compromiso con los derechos de los pobres de América.

Palabras clave: Teología, Latinoamérica, Pobres, Iglesia, Derechos Humanos

1 Licenciado en Ciencias Religiosas (UFASTA), Profesor de historia (ISPJVG) con posgrados en Investigación Educativa, Bioética y Ética social (UFASTA-FLACSO).

Sourdough Reflections on Liberation Theology

ABSTRACT

Liberation Theology (LT) was devoted, as a space for reflection and dialogue, to draw an essential connection between the sacred realm and the profane realm, between the Christ of faith and the Jesus of history, between the history of the salvation proposed by Christianity and humanity. She was the bearer of a message of liberation and social justice that condemned the dehumanizing situation present in the American continent, denouncing political-economic authoritarianism; To do this, he delved into the roots of Christianity as the bearer of a transcendental theology that enables the human being to redeem his life, that of those around him and the world in which he lives; In this sense, it was key when thinking about the promotion of justice and peace in the construction of a new society in complex times such as those that passed under a context of violence and structural poverty in Latin America from the sixties.

This research work reviews, by way of introduction, some of the relevant points of LT from a perspective that starts from the faith, theology and praxis that emerge from this movement. In the first place, we will make a brief approach to the ecclesiological context of the Catholic Church, under the pontificate of Paul VI, with some contributions from the Second Vatican Council and the texts of the Second General Conference of the Latin American Episcopate in September 1968. Secondly Instead, we will return to the fundamental postulates of LT as the meaning given to theology, redefining it in the direction of being able to be incarnated in those who announce liberation from a particular ecclesiological praxis. Third, by way of conclusion, we will reflect on the imprints that characterized the intellectual and theological exercise of LT in relation to its intellectual proposals and the results obtained as an ecclesial movement and in full commitment to the rights of the poor of America.

Key words: Theology, Latin America, Poor, Church, Human Rights.

Introducción

La denominada Teología de la Liberación² aúna en sí misma una vertiente histórica y otra religiosa. La primera, a raíz de formar parte del siglo XX dentro de un contexto político y económico particular. La segunda, por nacer en el seno del pensamiento de religiosos católicos y retomar “los grandes temas de la vida cristiana” (Gutiérrez, 1975). Esta forma de hacer teología nace en la década de 1960 aunque sus antecedentes los podemos ubicar desde las

² Se utilizará la referencia TL para referirnos al término “Teología de la Liberación” como ya se ha hecho en el resumen.

épocas virreinales³ hasta ya bien entrado el siglo XX, tanto en América como en Europa, y tendrá un auge en sus interpretaciones y en su accionar dentro del seno de la Iglesia latinoamericana en décadas posteriores llegando hasta la actualidad. Quizás una primera mirada sobre esta concepción teológica lleve a pensar que existen variadas teologías⁴. En realidad, lo que la historia plantea es que las escuelas de pensamiento trascienden el tiempo y las fronteras por lo cual, de alguna manera, el mensaje a analizar es el mismo, sólo varía la forma de aproximarnos a él a raíz de la contextualización tanto del mensaje como de los sujetos cognoscentes.

América Latina, en la década de los sesenta, se encontraba política, social y económicamente en una disyuntiva. El contexto de la Guerra Fría determinaba, sin lugar a error, que los Estados debían alinearse bajo la geopolítica y la economía de la URSS o los EE. UU⁵. En este sentido, los cristianos latinoamericanos anhelaban un cambio de rumbo político y económico concreto junto con la posibilidad de afianzar sus esperanzas de poder vivir en países con mejores condiciones en torno a la distribución de la riqueza y una visible reducción de la pobreza y la marginalidad; esto implica que el término liberación se superpone al de desarrollo expresando mucho mejor el sentido de conquista de la historia por parte del hombre (Gutiérrez, 1975).

Es por esto que la TL nace en América Latina no sólo para denunciar los procesos políticos y económicos que ahondaban la desigualdad de clases, sino también con la intención de posibilitar espacios de pensamiento y acción que permitieran a las comunidades ya que “es justo y legítimo reclamar derechos tan fundamentales, y no permitir que sean pisoteados” (Pontoriero, 1991a:33). Podemos afirmar que es una teología que nace (Boff, 1986) desde el lugar

3 Fray Bartolomé de Las Casas es un claro ejemplo de esto considerando su mirada solidaria en relación a las necesidades de los nativos sufrientes en el siglo XVI bajo el asiento del imperio español en América. Su libro *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) es un material de lectura indispensable para entender las bases ideológicas de la TL.

4 Algo que hoy se ha generalizado en tanto las posturas y miradas que parten desde la Teología Feminista, la Teología Negra, la Teología India, etc. Asimismo, es interesante la controversia acerca de la existencia o no de un cristianismo (Piñero, 2007) o varios cristianismos a lo largo de la historia.

5 Denominamos “Guerra Fría” (Romero, 2012) al conflicto ideológico que enfrentaba a los EE. UU. y la URSS en todo el ámbito del mundo desde finales de la segunda guerra mundial (1945) y hasta la disolución de la URSS (1991) que impactó en América Latina con diversas consecuencias económicas, políticas y sociales.

de los pobres. La TL anhelaba no sólo una liberación y la restauración en el mundo futuro sino también la conquista de derechos y liberación de la pobreza estructural en este mundo. Para un religioso las preguntas, bajo el contexto de efervescencia político-social que se vivía en plena guerra fría en el continente americano, eran de lo más variadas, como, por ejemplo: ¿Cuál debía ser el grado de compromiso de un cristiano ante la “violencia estructural”? (Pontoriero, 1991a:38) ¿Qué significaba, teológica y eclesiológicamente hablando una Iglesia servidora y pobre? ¿Puede la Iglesia-institución desempeñar una función liberadora en medio de los pobres y oprimidos? (Boff, 1992: 92)⁶, o bien, y dentro de un contexto específicamente teológico: ¿Cómo se hace cercano el reino de Dios? (Sobrin, 1991: 132).

Estas preguntas rompieron paulatinamente los rígidos planos en los cuales se intentaba encasillar la acción de los sacerdotes y la de los laicos; hasta ese momento, en general, para los primeros la ocupación era la de evangelizar y no entrometerse en actividades políticas ni partidarias, mientras que para los segundos, desde hacía siglos, era la de participar y animar las celebraciones con su compromiso social (Gutiérrez, 1975). Obviamente, como veremos, la praxis comunicacional-evangelizadora y la teología esgrimida por la TL no repararon en tales especificaciones tradicionales. Las declaraciones, sea mediante documentos, homilías o la misma actividad de evangelización, se orientaba al objetivo antes mencionado: el encuentro con Jesucristo como punto de partida de la vida en el espíritu en tanto “el nuevo nacimiento” (Jn 3)⁷ y concretar, para los oprimidos, la esperanza en este mundo material a la luz de una teología de la historia basada en el reconocimiento de los “signos de los tiempos”⁸ expresado por el Papa Juan XXIII. Esto constituiría el aspecto central de la comunicación del Evangelio en el movimiento que animó la obra misional de carácter cotidiana entre sus adherentes; la misma se consolidó a partir de una praxis comunicacional del mensaje de redención que el

6 Teniendo en cuenta, por ejemplo, una mirada teológica literal sobre el denominado “Sermón del Monte” (Mt 5).

7 En el presente trabajo utilizamos la versión bíblica de la Biblia de Jerusalén (2009) y seguimos las abreviaturas de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento citados en la misma.

8 “Signos de los tiempos” es una expresión que el Papa Juan XXIII utilizó en la Constitución Apostólica *Humanae Salutis* (25 de diciembre de 1961); la misma fue el medio por el cual se convocó al Concilio Vaticano II. La expresión resultó más que acertada teniendo en cuenta la renovación por el carácter escatológico de la Iglesia y la realidad que se vivía en el mundo en aquella época. La idea era considerar el tiempo que se vivía en tanto señales positivas o esperanzadoras que se percibían por sobre las problemáticas humanas y el dolor que eso causaba a millones de personas.

cristianismo identificó históricamente con la impronta del misterio pos-pascual⁹ y con la relectura católica de la historia que parte de ese misterio humana y divinamente revelado en Cristo a la luz de la cruz. Consideramos a la TL como portadora de un mensaje de liberación y justicia social que condenó e intentó revertir las situaciones de desigualdad en nuestro continente denunciando el autoritarismo político-económico; junto con esto, profundizó en las raíces del cristianismo como portador de una teología de trascendencia que habilita al ser humano a redimir su vida, la de quienes lo rodean y el mundo en el que habita; de ésta manera fue clave a la hora de pensar en la promoción de la justicia y la paz en la construcción de una nueva sociedad con el respaldo de una teología que promueve un encuentro permanente “entre la fe y la razón” (Gutiérrez, 1975: 25).

El presente trabajo es una reflexión personal que obviamente no intenta agotar ni remotamente el significado de la TL dentro del marco de una práctica distinta del Evangelio enmarcada dentro en la opción por los pobres de América Latina y el mundo. La intención de nuestra presentación es repasar algunos de los puntos relevantes en materia conceptual dentro de la TL desde una óptica que parte de la fe, la teología y la praxis que se desprenden de dicho movimiento. En este sentido, en primer lugar y bajo el título “las semillas del Verbo”¹⁰ haremos una breve aproximación al contexto eclesiológico de la Iglesia Católica, bajo el pontificado de Pablo VI¹¹, con algunos aportes procedentes del Concilio Vaticano II¹² y de textos de la Segunda Conferencia General del Episcopado latinoamericano (II CELAM) en septiembre de 1968¹³;

9 En la tradición teológica católica esto implica una relectura de la historia a partir de la irrupción corpórea de Jesucristo en la historia; por ende, la historia humana sería atravesada por la presencia divina. Obviamente, no por esta interpretación hubo soluciones a la pobreza, la esclavitud, las guerras, etc.

10 La Iglesia considera “semillas del Verbo” a la iluminación y salvación de Cristo presente fuera de los límites de la Iglesia, o sea, presente en otras espiritualidades o expresiones religiosas. A partir del Concilio Vaticano II este reconocer en otras religiones o acontecimientos la presencia de Jesucristo y la historia de la redención permitió una apertura a valorar en “los otros” mucho de lo que constituye luego la fe católica. La Iglesia paulatinamente reconoció los errores cometidos al no reconocer esas “semillas” en los pueblos originarios de América dado que acompañó el proceso de construcción imperial de España en el Nuevo Continente.

11 El Papa Pablo VI (Giovanni Battista Enrico Antonio María Montini) inició su pontificado el 30 de junio de 1963. Continuó con el Concilio Vaticano II iniciado por Juan XXIII e inició el proceso de restructuración de la Iglesia a nivel mundial. Falleció el 6 de agosto de 1978.

12 De aquí en adelante como CV II.

13 A modo de ejemplo, la Iglesia católica en Argentina recibió un fuerte impulso renovador, entre 1968 y 1969, de la mano de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín y el Documento de San Miguel del Episcopado Argentino. Esto se hizo palpable en

ambas reuniones iniciaron un camino acorde a las necesidades del mundo con marcados tintes progresistas; ambas reuniones eclesiológicas tuvieron a bien contextualizar el mensaje del Evangelio al mundo viviendo en la historia e interpretando su desarrollo a la luz del Evangelio. En segundo lugar, con el título “denles vosotros de comer”¹⁴ retomaremos los postulados fundamentales de la TL¹⁵ en tanto el sentido dado a la teología redefiniéndola en dirección a poder ser encarnada en quienes anuncian la liberación a partir de una praxis eclesiológica particular. En tercer lugar, a modo de conclusión, reflexionaremos acerca de las improntas que caracterizaron al ejercicio intelectual y teológico de la TL en relación a sus propuestas intelectuales y los resultados obtenidos como movimiento eclesial y en pleno compromiso con los derechos de los pobres de América en el siglo XX.

Las semillas del Verbo

El CV II (1962-1965) fue el emergente de un intento histórico y teológico de modernización teológico-eclesial en la Iglesia, un espacio como “punto de llegada y como punto de partida” (Boff, 1986: 13). Sus postulados, fruto del diálogo entre progresistas y conservadores, quedaron expuestos en sus declaraciones finales. El impulso que tuvo la Iglesia le permitió la promoción de la fe católica a partir de la renovación del accionar misionero¹⁶ de sus comunidades de base, una renovación en la vida de los fieles con relación a la participación en la vida de la Iglesia y sentó los fundamentos para una concepción moderna en la defensa de los derechos básicos de la vida y la persona humana. La Iglesia estaba en un proceso histórico dentro del cual pretendió “entenderse a sí misma dentro del mundo moderno” (Boff, 1986; 15). El Papa Pablo VI propuso una mirada teológica actualizada sobre los problemas de que los sacerdotes que tomaron el camino de opción por los pobres fueran reconocidos como un sector progresista de la Iglesia.

14 Lc 9, 13. Versículo que forma parte de la perícopa, una porción de versículos dentro del capítulo, en la cual Jesús, según la tradición, alimenta a miles de personas a partir de unos pocos panes y peces; los discípulos tuvieron el encargo de llevar las canastas y repartir la comida. La aplicación pastoral del texto es la que retomamos aquí en tanto son los laicos y religiosos católicos los encargados de misionar y evangelizar al mundo.

15 La posibilidad de abarcar y definir plena y completamente el pensamiento de la TL excede el presente trabajo, pero, considerando la importancia del tema en la actualidad, dadas las condiciones históricas en las que vivimos, sirva entonces, este trabajo, de abono para futuras investigaciones.

16 El CV II propició la creación de círculos bíblicos, los mismos permitieron no sólo ahondar en los estudios teológicos, sino también en la profundización de los lazos congregacionales entre los fieles de cada comunidad.

corte social y económico que afectaban a los más necesitados. En este sentido, puntualmente, se remarcó la situación apremiante a nivel económico-político y social en el denominado Tercer Mundo. En continuidad con este pensamiento teológico, se promulgó la encíclica¹⁷ “Populorum Progressio”¹⁸ en 1967. El Papa expresó la problemática por la que atravesaban millones de personas que habitaban los territorios del planeta menos favorecidos a nivel económico. Su terminología claramente se manifestó en un tono de denuncia y de interés de la Iglesia por este tema afirmando la necesidad de tomar conciencia de la dimensión mundial que implica el tema social en tanto la lucha contra el hambre, la miseria, las enfermedades y la ignorancia. Todo dentro de un contexto en torno a los procesos de descolonización, revolución, enfrentamientos armados e ideológicos¹⁹.

La posibilidad de revertir la realidad considerando hasta la violencia armada en defensa de los más desposeídos, empezó a permear las comunidades de base cristianas. Tomando en cuenta esto, Pablo VI aclaró en el marco de un contexto de descolonización e independencia en territorios africanos, asiáticos y americanos, que los procesos sociales violentos podrían acarrear nuevas formas de tiranía; sin embargo, en caso de una tiranía evidente que oprimiera a la sociedad una revolución se contemplaba dado que estaba en peligro la integridad y el bien común de la ciudadanía. En estos términos el Papa se cuestionaba en su encíclica sobre los peligros de las reacciones violentas que podían expresar distintas reacciones populares y cómo eso abriría el camino a posibles incursiones políticas en camino al totalitarismo. La Iglesia proponía una mirada de amor (Boff, 1986) y de paz y la promoción del entendimiento entre los pueblos; una mirada solidaria sobre los que menos tenían en términos materiales, que a su vez manifestaban un interés de superación con el objetivo de contrarrestar la opresión en la cual estaban sumidos:

Verse libres de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable; participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres; ser más instruidos; en una palabra, hacer, conocer y tener más para ser más: tal es la aspiración de los hombres

17 La definimos como una carta de connotación solemne sobre temas de la fe y de la doctrina católica.

18 “El desarrollo de los pueblos” (traducción del latín).

19 Procesos que se dieron bajo el contexto de la guerra fría en los continentes africanos y americanos y asiáticos sobre todo entre las décadas de 1950 y 1970.

de hoy, mientras que un gran número de ellos se ven condenados a vivir en condiciones que hacen ilusorio este legítimo deseo (Pablo VI, 1967).

El valor, la denuncia y el llamado de atención al mundo que realizó la encíclica germinaron un año después de su presentación. Las palabras de Pablo VI intentaban abrazar al mundo y propiciaron en 1968 la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano en la ciudad de Medellín (Colombia); la misma fue consecuencia directa del CV II, el cual posibilitó el espacio para tratar temas coyunturales y complejos para la Iglesia y sus líderes. Medellín fue un paso adelante en cuanto a que un sector de la Iglesia latinoamericana iniciaba una búsqueda particular de respuestas a las problemáticas contemporáneas con la impronta de ser un camino transitado por los americanos sin depender de los teólogos europeos o norteamericanos justamente porque la Iglesia intentó “comprender este momento histórico del hombre latinoamericano a la luz de la Palabra, que es Cristo, en quien se manifiesta el misterio del hombre” (II CELAM, 1). El Episcopado redactó mucho más que un documento; según Brighenti “Medellín es mucho más que un documento. Es un espíritu, un punto de partida, que continúa haciendo camino, desde hace cuarenta años” (2008: 14). Fue crucial en la formación ideológica y teológica de los sacerdotes referentes en la TL y, por ende, en los documentos que salieron posteriormente a la luz. Los obispos reconocieron, por un lado, la opresión y la pobreza a la cual eran sometidas millones de personas, y por otro, la respuesta violenta que esto genera por parte de quienes son excluidos y oprimidos pero conscientes de su “miseria, no merecida” (Pablo VI, 1967) en América:

En nuestro subcontinente, el sistema liberal capitalista, superando el desarrollismo y la “Alianza para el Progreso”, entra en una nueva fase, la de una globalización de la economía a través de la expansión de empresas transnacionales, según las directrices de la “Comisión Trilateral” (Alemania, los EE. UU y Japón) (Brighenti, 2008: 15).

Plantearon que América se encontraba en una etapa histórica única y esa coyuntura reclamaba la liberación de la servidumbre económica, política y social; en este sentido, el CV II “produjo un enorme impacto en la Iglesia de América Latina” (Boff, 1986, 21), que pasó a considerar que la necesidad histórica de los oprimidos requería prestar atención a los excesos mismos de la jerarquía eclesial y a la necesidad de recurrir en el ámbito eclesiástico a una

vida de modestia, humildad y sin títulos que los distanciaran de la población. La consecuencia natural, en consonancia con este pedido, será una “opción por los pobres, contra la pobreza”. En Medellín, por ende, se expresan los fundamentos de la naciente TL en la opción por y para un continente que adolecía de justicia e igualdad²⁰:

La originalidad del mensaje cristiano no consiste directamente en la afirmación de la necesidad de un cambio de estructuras, sino en la insistencia en la conversión del hombre, que exige luego este cambio. No tendremos un continente nuevo sin nuevas y renovadas estructuras; sobre todo, no habrá continente nuevo sin hombres nuevos, que a la luz del Evangelio sepan ser verdaderamente libres y responsables (II CELAM, 3).

Según Boff “el verdadero salto cualitativo de este proceso de reflexión” (1986: 24) se dio en la conferencia de Gustavo Gutiérrez en la ciudad peruana de Chimbote en el año 1968; que llevó el título de “Para una Teología de la Liberación”. Las “semillas del Verbo” estaban siendo reconocidas poco a poco a través de las distintas realidades que vivían los latinoamericanos. En este sentido, por un lado, el contexto socio-económico cada vez más apremiante y deshumanizante generaba una respuesta desde las bases que estaban comprometidas con la fe; por otro lado, la aparición de un progresismo teológico plantaría nuevas ideas que permearían la vida religiosa para encarnar la experiencia de la opción por los pobres, los más necesitados, y hacerse uno con ellos. Esto auguraba que por sobre el pecado estructural y las injusticia sociales existía la capacidad de construcción de una nueva etapa en la historia humana en la cual se manifestara el reino de Dios incorporándose al mundo en forma dinámica. La esperanza de los teólogos de la liberación estaba fundada en que, finalmente, aquel reino llegase a encarnarse en cada pobre de América Latina.

20 La segunda mitad del siglo XX trajo aparejados cambios a todo nivel: político, social, económico y cultural. Con respecto a esto podemos notar que los diversos movimientos latinoamericanos se enmarcan en revolucionarios, desarrollistas y de corte populistas. Los ejemplos son varios. En primer lugar, citamos a la Revolución Cubana (1959) que abre el camino a los futuros ejércitos populares de liberación. Así, en Guatemala (1961-1963), Nicaragua (1962) Perú y Bolivia se gestan insurrecciones con eco continental. Tomando en cuenta presidencias con expresiones políticas cercanas a las bases populares las presidencias, podemos citar el gobierno desarrollista de Kubischek (1956-1961) y el populista de Goulart (1961-1964) en Brasil. Como contrapartida, las décadas de los sesenta y setenta traen aparejado el inicio de varias dictaduras que surgieron en América con la excusa de frenar una avanzada socialista y revolucionaria. La lista de países que sufrieron estas dictaduras es extensa. Citamos: Brasil (1964), Argentina (1966), Bolivia (1971), Chile (1970), Uruguay (1970), Perú (1975), Ecuador (1976), nuevamente Argentina (1976), etc.

Denles vosotros de comer

La TL nace (Boff, 1986) del interior de cristianismo comprometido, a través de sus religiosos y fieles, con una sociedad empobrecida por la opresión. La primera acción de la TL fue la de escribir²¹ a medida que los acontecimientos transcurrían; esto sentó la base de las acciones posteriores (Gutiérrez, 1973) de una teología actual. La maduración del siglo, en década de 1960, estaba en su clímax esperando (Pontoriero, 1991) el estallido del movimiento tercermundista. Considerando el contexto, los diferentes documentos que salieron a la luz entre 1966 y 1970, parte de los sacerdotes que tomaron una opción por los pobres intentaron no sólo concientizar a las bases eclesiales y a los religiosos, sino también plasmar el intento de fortalecer los lazos espirituales y el acercamiento cotidiano entre los pobres y la Iglesia en un marco de solidaridad, fraternidad y toma de conciencia de cuáles eran los factores que estaban determinando la situación material tan difícil por la que pasaban miles de latinoamericanos. La situación de millones de personas estaba ligada al enriquecimiento de las “tradicionales ‘élites’ opulentas” (Boff, 1986: 21) del continente. En consonancia con la palabra y las declaraciones escritas de los primeros sacerdotes comprometidos en una opción por los que menos tenían, se inicia la acción. Siguiendo a Boff: “El modelo de la Iglesia-institución-poder ya ha dado todo lo que podía dar de sí” (1992: 113). De ahí que la presencia de sacerdotes en las villas miseria²² comenzó a ser algo natural con el fin de incorporar en la historia de la Iglesia latinoamericana con una óptica desde los pobres para los pobres. La apertura de capillas, las celebraciones eucarísticas, la administración de los sacramentos y la lectura de la Biblia con los pobres propició el inicio del movimiento tercermundista²³ en Latinoamérica y, con ello, la asistencia de las bases, los laicos, en el compromiso de asistir a sus hermanos en la fe²⁴.

21 Marcando una diferencia de la formación del Evangelio que se terminó de compilar décadas después de la resurrección de Jesucristo.

22 Como ya hemos referido, las villas miseria que paulatinamente se conformaron en la Argentina en tierras fiscales o privadas (toma de tierras) eran construcciones de carácter muy precario. Comúnmente se hablaba de la chapa y el cartón como elementos utilizados para levantar las pequeñas casillas, mismas que carecían de agua corriente, gas y luz. Las condiciones eran de carácter infrahumano ya que las familias en general contaban con varios hijos/as lo que acentuaba el riesgo de enfermedades y desnutrición. Los adultos buscaban algún ingreso juntando cartones, botellas y diversos artículos de basurales para intercambiar por comida o ropas.

23 Este movimiento incluyó a sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos y laicas.

24 Recordamos, por supuesto, la obra del Padre Mugica en la Villa 31 de Retiro como uno de

La idea era alcanzar a los no alcanzados en sus mismos espacios de vida y sufrimiento como una expresión de la contextualización de la Palabra²⁵; una Iglesia-templo que no abría sus puertas sólo esperando el ingreso de sus fieles, sino todo lo contrario, una Iglesia que sale por esas puertas para ir en búsqueda de aquellos que eran Iglesia de carne y hueso. En este sentido, la participación de las comunidades de base no es un dato menor ya que las mismas fueron cada una a lo largo de todo el continente, ya que permitieron “el trato personal fraterno entre sus miembros” (II CELAM, 10). El CV II había dejado su impronta en la teología católica: era necesario el cambio o, dicho en términos teológicos, una *metanoia*²⁶, un cambio de mentalidad producto del arrepentimiento. Era imperioso el acercamiento a quienes no se consideraban parte de la sociedad y, en muchos casos, de la Iglesia activa. La temática se concentró en tres aspectos: a) Dios con nosotros: el sacerdote como siervo de Dios, b) Nosotros en la Iglesia: la evangelización y c) Nosotros y el mundo: el papel activo de los creyentes dentro de las comunidades a las que pertenecían. Seguiremos a Pontoriero (1991a) en la selección de estos aspectos. En primer lugar, la función del sacerdote es administrar los sacramentos, pero, bajo un contexto de liberación, se complementa con la acción comunitaria de santificación, la cual implicó reestablecer en cada persona la dignidad humana que pudo haber perdido a causa de la opresión y la violencia estructural que lo sometió a la pobreza y el desamparo; podríamos plantear que significó visualizar a Jesús en el rostro de los pobres²⁷. La pobreza estructural que los ejemplos de acercamiento a los pobres. En Argentina el término “villa” es el equivalente a “favela” en Brasil, “barrios” en Venezuela, “chabolas” en México o, en general, “champearías” a lo largo de Centroamérica.

25 La Iglesia hace alusión, en la Biblia, a la encarnación del Verbo (Jn 1, 1-3.14) como parte del modelo de vida en tanto que los creyentes den sus vidas por quienes menos tienen (Filp 2, 5-11).

26 El término griego *metanoia*, utilizado en el Nuevo Testamento, nos remite en términos generales a la palabra hebrea *teshuvá*, empleada en el Antiguo Testamento; *metanoia* expresa el concepto de arrepentimiento en tanto un cambio de mentalidad y rumbo en la vida por el que una persona abandona las prácticas contrarias a la fe que pregona. Una persona arrepentida podrá reconsiderar el sentido de su vida y tomar un nuevo camino de cara al futuro.

27 Dada la extensión del presente trabajo no nos vamos a adentrar en el análisis del Movimiento de Sacerdotes Para el Tercer Mundo (MSTM); el mismo cumplió un papel relevante a la hora de promover los principios de la TL, no vamos a adentrarnos en este movimiento. Siguiendo a Catoggio (2008), podemos comentar que el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo sin duda marcó un hito en la intervención de los sacerdotes no sólo en la promoción de los valores humanos sino también en la búsqueda de una sociedad más justa y solidaria. El MSTM nació en la Argentina hacia 1967 y se extendió hasta entrada la década de 1970. Los sacerdotes argentinos adhirieron entre los años 1967 y 1968 al Manifiesto de 18 Obispos del Tercer Mundo, el cual fue presentado como una aplicación directa de los documentos del CV II y,

sometía a los latinoamericanos interpelaba a una Iglesia que “a veces sigue siendo un factor de poder y objeto de privilegios que desconciertan al mundo y lo irritan”. La reacción a las injusticias promovidas por abusos de poder en el seno de la Iglesia estuvo dada, entre otros puntos, “por la conciencia cada vez más arraigada de que el cristiano-sacerdote como ‘hombre entre hombres’ debería ganarse el sustento con su trabajo” (1991a). En segundo lugar, toda forma de vida “que termine en uno mismo y ‘separe’ de los demás bajo pretexto de perfección personal” (Pontoriero, 1991a) sería considerada negativa. La renovación del CV II apuntaba, justamente, a lograr una cercanía de la Iglesia con su membresía; el mundo debía ser la capilla que aglutinara a la humanidad. El principio tercermundista era claro: no separarse entre muros para la búsqueda de la perfección sino, muy por el contrario, evangelizar pisando el barro de la historia acompañando a los que sufren. La TL se hizo eco la imagen joánica: “Hombre entre hombres”²⁸. El evangelista declara que, al darse ya el *kairós*²⁹, Jesús “habitó entre nosotros”. Ese “habitó” implicaba, según el sentido textual en griego, “plantó su tienda”³⁰. Este “descenso” no sólo era para cumplir una función, cual sacerdote pre-conciliar, de santificación, sino, completando esto, hacerse uno con aquellos por quienes venía. Meterse en el barro. Padece y alegrarse con ellos. No atomizarse como un “*apartado para*” sino fundirse en ellos como un “*ser-para-ellos*”. Así, la TL asume una realidad y un accionar para que, por ejemplo, “los sacerdotes actúen entre los hombres ‘in persona Christi’” (II CELAM, 12)³¹. Este reconocimiento de la realidad se correspondía con “la creciente interdependencia entre las naciones y el peso de estructuras internacionales de dominación que condicionan

sobre todo, de la Encíclica *Populorum Progressio*. Así, los obispos y sacerdotes argentinos, en un porcentaje que ascendía año a año expresaron su apoyo a los postulados de la TL para América Latina.

28 En la Biblia, Jn 1, 1-3. 20.

29 El término griego *kairós* se aplica al momento específico en el cual Dios intervino en la historia, según el cristianismo con la primera venida de Jesucristo; se complementa, dentro del esquema de la escatología o teología de los tiempos finales, con el tiempo *kronos*, palabra en griego que aplica al tiempo que transcurre en la historia y que tendrá una nueva intervención, *kairós*, de parte de Dios.

30 La pericopa considerada de san Juan refiere a un Génesis “del Nuevo Testamento que complementa el de Gn 1 en el Antiguo Testamento. El Dios creador también se sumerge en su creación.

31 Los sacerdotes que adhirieron a la TL se concentraron en un cuerpo eclesial denominado Sacerdotes para el Tercer Mundo. Nacido a la luz del CV II y del Encuentro de Medellín (1968), los sacerdotes se adentraron en los barrios carenciados con el fin de evangelizar y promover la valoración de las personas en tanto el respeto de los gobiernos por los Derechos Humanos y los más desposeídos.

en forma decisiva el subdesarrollo de los pueblos periféricos” pero con la impronta que se asumió no sólo desde la vida religiosa sino, también, desde la óptica de los laicos a partir de “su compromiso cristiano en el nivel de los movimientos y organismos internacionales para promover el progreso de los pueblos más pobres y favorecer la justicia de las naciones” (II CELAM, 15). En este sentido, la única historia³² era, a su vez, “la historia de la salvación” (Gutiérrez: 1975, 201) lo cual implicaba que el accionar de los religiosos y los laicos comprometidos no se disociaba sino, por el contrario, se aunaba en la lucha por la superación de la sociedad capitalista con todos los males que resultaban de ella. Por ende, se rubricó el concepto por el que la Iglesia tiene una “esperanza escatológica” que no fluctúa en torno a lo que nos rodea en este mundo “sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio” (II CELAM, 11). El tercer lugar, implica la apertura de la Iglesia al género humano, la realización del cristiano en función de dar su vida por otros. Vivir en y con el otro. En este sentido:

(...) Existe en muchos sacerdotes una marcada sensación de frustración que cristaliza en forma aguda la tensión, angustia y desorientación (...) Las causas son múltiples: teología tradicional que no valora al mundo, ni a la civilización, ni a la historia –en términos actuales; formación y estilo de vida burguesa del seminario, y fuera de él, como sacerdotes, imposibilidad de vivir la vida común de toda la gente (Pontoriero, 1991a).

Sacerdotes y obispos tercermundistas plantearon la imperiosa necesidad de que los religiosos y los laicos permanecieran junto al pueblo. Estos últimos teniendo como modelo “el ejemplo de Cristo” (II CELAM, 17) con plena consciencia de que una “revolución social está en progreso” (Gutiérrez, 1975: 153). El proceso de liberación y defensa de los derechos básicos postulados por la fe cristiana debían insertarse en la vida cotidiana de la sociedad oprimida para darle sentido a los conceptos básicos propuestos por la TL:

32 Consideramos necesaria esta aclaración en torno al concepto “historia” e “historia de la salvación” en el seno de la teología católica; el primero siempre remitió a la historia de corte profana, en la cual se expresó el devenir humano dominado por el pecado; el segundo término siempre ha hecho referencia a la historia expresada en la Biblia en ambos testamentos. Hasta avanzado el siglo XX ambas “historias” estuvieron disociadas en la cosmovisión católica y así se enseñaba en escuelas y seminarios; sin embargo, con el avance de la conciencia social impulsado por los religiosos tercermundistas y la amplitud teológica heredada del CV II, para la Iglesia, sobre todo en círculos más progresistas, la historia humana ya no era algo externo a la fe sino, todo lo contrario, es espacio temporal en el cual se desarrolló y seguiría desarrollándose la manifestación de la vida de Dios encarnada en Jesucristo y en los cristianos que dan su vida por el bien de los que menos poseen en este mundo.

La palabra ‘liberación’ posee un sentido histórico muy concreto, relacionado con los procesos revolucionarios del continente: México (1911), Bolivia (1952), Guatemala (1952), Cuba (1959), la resistencia a la invasión norteamericana en Santo Domingo (1965) (...) La liberación va más allá del desarrollismo, que acaba siempre reforzando la excluyente y elitista estructura social vigente. La liberación presupone una ruptura con el modo de ver y de actuar que es habitual en la sociedad y en la Iglesia; la liberación ve y actúa desde los oprimidos y en contra de su opresión, a favor de los pobres y en contra de su empobrecimiento (Boff, 1986: 23).

Esto implicaba un compromiso que abrevaba en la verdad, la justicia y los Derechos Humanos. En la teología tradicional se considera que la misión está dada por el anuncio del Reino y la consecuente incorporación al mismo de quienes lo acepten. El imperativo de Jesucristo “*Id por el mundo*” (Mt 28, 19; Mr 16,15), tiene en el original griego una aplicación distinta, ya que implica un gerundio, o sea, una acción continua y resulta en “*yendo por el mundo*” anunciando la buena nueva. Esta aplicación en torno a la gramática griega, que podría pasar desapercibida, no lo era para los tercermundistas, ya que justamente la idea de trabajar, ganar el sustento y vivir con bajas condiciones económicas como cualquier obrero junto con la posibilidad de luchar en la defensa de los derechos básicos de los más pobres era, no un imperativo, sino una forma de vida ratificada en el Segundo Encuentro Nacional (1969) de obispos y sacerdotes argentinos:

Convencidos de que la liberación la harán ‘los pueblos pobres y los pobres de los pueblos’ y de que el contacto permanente con el pueblo mostrará los caminos a seguir, nos comprometemos a insertarnos cada vez más lealmente en el pueblo, en medio de los pobres, asumiendo situaciones humanas que señalen y verifiquen nuestro compromiso (Pontoriero, 1991b: 169).

Religiosos y laicos comprometidos con la opción por los pobres se hicieron eco del concepto que consideraba al mundo como una capilla en la cual se integran y congregan los excluidos, no ya al margen de la sociedad o un sistema sino como columnas que sostienen un nuevo mundo, una nueva imagen del ser humano que es parte de un Reino de justicia y solidaridad. Aquello que el Papa Juan XXIII y el CV II interpretaron como una “teología del signo de los tiempos” (Gutiérrez, 1975: 30) y que la TL aplicó al desarrollo tanto de la Iglesia como de los pueblos a los cuales llegara el Evangelio liberador fue la base de la Iglesia pos-conciliar.

Conclusión

En Europa, los teólogos Dietrich Bonhoeffer, Emil Brunner, Karl Barth, Martin Niemöller y otros tantos a lo largo del Viejo Continente sentaron las bases de una teología renovada y amplia en sus conceptos alejada de los dogmatismos que en muchos casos alejaron a la Iglesia de los olvidados por el sistema; a su vez, renovaron el interés por la persona humana como objeto del amor de Dios:

La teología de la liberación hunde sus raíces en el siglo XVI en un contexto de cristiandad americana, con las denuncias teológico-proféticas de Antonio Montesinos, Bartolomé de las Casas, Juan del Valle, Pedro Claver, António Vieira y Antonio de Valdivieso, por la situación de los excluidos de la época: indígenas y negros (...) En el siglo XIX, este modelo teológico fundamentó los procesos de liberación nacional con los teólogos Juan Germán Roscio, José María Morelos y Juan Fernández de Sotomayor, quienes describen la situación de las colonias españolas en América. Ellos realizaron un análisis de su realidad a la luz de la fe y del Evangelio, y a partir de esto elaboraron un juicio teológico-moral que condujo a la praxis revolucionaria para la transformación de las estructuras de injusticia y pecado (Turriago Rojas, 2018: 150).

El Papa Pablo VI, artífice de la renovación propuesta por el CV II, convocó a la realización de la II Conferencia Episcopal en Medellín bajo el lema “La Iglesia en la transformación de América Latina a la luz del Concilio”. Los obispos se formularon las siguientes declaraciones e intenciones en línea con una pastoral netamente social:

Despertar en los hombres y en los pueblos principalmente con los medios de comunicación, una viva conciencia de justicia, infundiéndoles un sentido dinámico de responsabilidad y solidaridad. Defender según el mandato evangélico los derechos de los pobres y oprimidos, urgiendo a nuestros gobiernos y clases dirigentes para que eliminen todo cuanto destruya la paz social: injusticia, inercia, venalidad, insensibilidad. Denunciar enérgicamente los abusos y las injustas consecuencias de las desigualdades excesivas entre ricos y pobres, entre poderosos y débiles, favoreciendo la integración. Hacer que nuestra predicación, catequesis y liturgia tengan en cuenta la dimensión social y comunitaria del cristianismo, formando hombres comprometidos en la construcción de un mundo de paz (Pontoriero, 1991a:41).

La violencia que Medellín denunció en su momento incluía muchos aspectos: política, economía, educación, vivienda y religión. Los mismos eran emergentes (Gutiérrez, 1975) de un sistema de dominación externo que se internalizó en los pueblos. La América sometida por cinco siglos³³ estaba manifestando el hartazgo y su puesta en marcha de una nueva conciencia latinoamericana promovida por un sector de la Iglesia que despertó luego de varios siglos de funcionalidad al poder. El cansancio de los pueblos debe manifestarse no sólo a través de la palabra sino de la acción. Una muy clara definición de esto está dada por la aprobación de una justa defensa por parte de los que son perseguidos y separados del resto de la sociedad:

Que en la consideración del problema de la violencia en América Latina se evite por todos los medios equiparar o confundir la violencia injusta de los opresores que sostienen este 'nefasto sistema' con la justa violencia de los oprimidos, que se ven obligados a recurrir a ella para lograr su liberación (Pontoriero, 1991b:166).

El eco de Medellín “impulsó una Iglesia profética y transformadora que engendró las comunidades eclesiales de base (CEB), la pastoral social (...) y los millares de mártires de las causas sociales, “nuestros santos todavía no canonizados” (Brighenti, 2008: 14). La mentalidad sacerdotal ya había tenido una profunda metanoia por la cual se declaraban como personas comprometidas con la realidad teniendo firmeza en sus convicciones augurando épocas renovadas en materia de fe y práctica sacerdotal. Aquí un ejemplo de esta impronta y cómo se reconocían los religiosos argentinos en el año 1969 durante el ya citado Segundo Encuentro Nacional de obispos y sacerdotes en Argentina: “Nosotros, hombres cristianos y sacerdotes de Cristo que vino a liberar a los pueblos de toda servidumbre y encomendó a la Iglesia proseguir su obra, en cumplimiento de la misión que se nos ha dado nos sentimos solidarios de ese tercer mundo y servidores de sus necesidades” (Pontoriero, 1991b).

A la luz de lo expuesto en nuestra reflexión, la TL representó un camino teológico con una “perspectiva latinoamericana” (Gutiérrez, 1975: 39) que permitió pensar sobre y a Dios a través de los ojos de quienes menos poseen en bienes materiales y se encontraban al margen de la sociedad capitalista e industrial, o sea, desde la perspectiva de quienes han quedado fuera de los beneficios

³³ La visión manifestada por la TL y su comprensión de la historia enmarcaba el proceso de conquista y colonización como el resultado de la opresión imperialista impuesta por la Corona española sobre el continente.

del modelo económico dominante. A su vez, se expresó como un movimiento social que quiere expresar vitalmente aquello que significa ser cristiano en un mundo de pobreza³⁴. La TL no fue una teología acabada, sin embargo, quiso responder, según planteamos, a algunas cuestiones fundamentales: ¿Cómo es posible anunciar un Evangelio bajo el cual se expresa que Dios ama a los que menos tienen? ¿Qué papel cumple la Iglesia como Cuerpo de Cristo en el anuncio a los pobres y cómo puede implementar la comunicación de un Evangelio salvador y liberador a un gran sector olvidado de la sociedad? Así, la tarea de quienes pensaron sobre la TL consistió en generar la posibilidad de “buscar una respuesta al interrogante: ¿Qué relación hay entre salvación y el proceso histórico del hombre?” (Gutiérrez: 1975, 73). Es así que en la pregunta se encontraba la respuesta a ser vivida desde la óptica de los pobres y excluidos. Recordemos, en este sentido, a Medellín “que se apoyó en el contexto de la “irrupción de los pobres” y del “Tercer Mundo”, fruto de la crisis del desarrollismo (1955-60)” (Brighenti, 2008: 15). Específicamente el planteo de los obispos latinoamericanos tuvo que ver con tres puntos fundamentales bajo los cuales se organizó y trabajó, por ejemplo, el cuerpo de sacerdotes tercermundistas en los barrios más carenciados:

- a. La creciente valoración del papel del laico en el desarrollo del mundo y de la Iglesia;
- b. La discusión moderna sobre el papel y la figura del sacerdote en la sociedad;
- c. La superficialidad con que se percibe y vive el propio sacerdocio, en servicios religiosos de rutina y en una forma de vida aburguesada (II CELAM, 9).

34 La TL consideró importante reafirmar el texto del Evangelio de San Lucas acerca de los pobres: Lc 6, 20. Abrevó en dos vertientes conceptuales muy importantes: salvación y liberación. La mentalidad cristiana manifestó milenariamente que Dios quiere liberar al género humano del pecado, de la opresión y, finalmente, de la muerte eterna. El término salvación se empleó siempre para designar lo que sucederá después de la muerte; por otro lado, se ocupó también de aquello que sucede en la vida futura, pero se fijó preferentemente en algo que se realiza en este mundo, en la historia, de ahí su impronta liberadora. Sin embargo, por otro lado, no podemos olvidar el “factor de poder” con el cual la Iglesia católica en América Latina ha sabido permanecer cerca de los círculos de mayor injerencia económica y política atentando a los postulados que justamente la TL intentó promover en el continente. Desde la época colonial-virreinal, pasando por el período revolucionario y, posteriormente, en el proceso de formación y consolidación del Estado-nación, la Iglesia ha tenido la característica de respaldar, moral y éticamente, las diversas manifestaciones autoritarias y pseudo-democráticas que terminaron sumiendo a un sector cada vez más grande de la población en la miseria. De alguna manera, esa Iglesia representada por sus funcionarios-obispos, no cuadraba con los postulados del CV II y en esa tensión es que nació una nueva forma de hacer teología.

La TL insistió en trazar una conexión esencial entre el ámbito sagrado y el terreno profano, entre el Cristo de la fe y el Jesús de la historia³⁵. De esta suerte de contraposiciones emergió una teología liberadora que se ocupó de la acción de Dios en la historia con miras a liberar a hombres y mujeres de todo aquello que los oprime en la realidad profana. El desarrollo de la Iglesia ya no se concebía como una historia supra-terrenal; su mirada estaría puesta en la construcción del reino de Dios (Sobrino, 1991). La TL consideró importante el análisis de la salvación dentro del marco histórico del ser humano. Reconoció que Dios ha sido siempre el soberano del mundo y que Jesucristo, su Hijo, aunó lo divino y lo humano a partir de ser el máximo ejemplo de humildad y solidaridad con el sufriente. La teología que misionó y rezó por los pobres habló de Dios; un Dios cercano, posible al hombre, solidario con la raza humana³⁶. En este sentido, la TL alertó sobre las estructuras bajo las cuales se daban los procesos de alienación humanos en torno a figuras y sistemas que terminaron oprimiendo a hombres y mujeres de buena voluntad. Ha sido una voz en el desierto de la historia que clamó por la justa repartición de los ingresos estatales, como también por el cambio radical en los procesos de relaciones de producción, los cuales, en el marco de una economía capitalista, ejercen la opresión económica y política sobre los explotados de la Tierra. La teología observada desde un punto de vista de los más desprotegidos anheló siempre no sólo luchar contra la pobreza sino, en forma declarada, terminar paulatina y firmemente con ella³⁷ revistiendo de dignidad a quienes la padecían. Esto sólo podía darse a partir de los cambios en las relaciones de producción y en una justa repartición de las riquezas que les permitieran a los pobres y explotados recuperar la dignidad obteniendo el sustento cotidiano de manera digna y bajo el concepto inequívoco de la paz social³⁸. Concibió que la única liberación es la que involucra al alma y al cuerpo³⁹. La liberación plena no es cosa de

35 Partiendo del análisis de Mt 25 acerca del juicio final es posible entender cómo la TL puso el acento en el aspecto salvífico y libertario del Evangelio y en el anuncio del mismo.

36 La gratitud de la creatura a su Dios no es a raíz de múltiples bendiciones materiales sino todo lo contrario, es consecuencia de que ese Dios omnipotente se abajó siempre en la historia para cobijar a sus hijos más débiles. Por otra parte, vinculó el don de lo alto con la gratitud de las criaturas a su Dios con miras a que ese amor se derrame en la sociedad; la consecuencia sería un cambio pleno y la restauración final de la imagen de Dios en los seres humanos en la búsqueda de un "hombre nuevo".

37 Digamos como si fuera la anhelada Era Mesiánica.

38 Una paz que le otorga a los oprimidos la posibilidad de reencauzar el presente y planificar un futuro.

39 En una dimensión antropológica netamente cristiana.

una lucha aislada o atomizada, como el capitalismo o el imperialismo siempre han intentado imponer subvirtiendo el valor digno de las luchas sociales, sino todo lo contrario, es el ejercicio de una praxis plenamente revolucionaria que trastoca una realidad impuesta desde la mirada hegemónica de quienes detentan el poder material. La TL otorgó al proceso de comunicación del Evangelio un concepto novedoso acerca de la conversión ya que implementó la posibilidad de que la transformación ética y moral de una persona redunde en beneficio de cuántos viven cerca de ella; esparcir la semilla del Evangelio no implicaba consolar al pobre sino arremangarse y luchar por obtener una vida digna que, como seres humanos, todos debían tener manteniendo un discurso sostenido (Boff, 1992). El pecado no era sólo el que se cometía en forma individual, sino también el que se expresaba en forma visible a partir del sostenimiento de una estructura de pecado que envolvía a los más desafortunados en la miseria y el olvido⁴⁰; siguiendo a Gutiérrez, “una situación de injusticia es pecado” (1975: 150). Así, la reparación no era sólo esperable en un futuro sino también en el tiempo presente en tanto las denuncias y las acciones hechas con base en esos reclamos alentaban los cambios propuestos. El enemigo a vencer era la opresión en tanto pecado estructural⁴¹.

La responsabilidad de unos por otros, el hecho de “ser guarda de mi hermano”, imprimió en la TL un concepto que escapó al frío mármol de la teología tradicional. Los conceptos salvíficos y liberadores desbordaron los altares y las naves de los templos planteando que la vida misma sea eucaristía permanente; cada cristiano sería testigo de un Cristo pobre que le permitió al ser humano ingresar al misterio trinitario otorgándole la luz de la revelación pos-pascual, la posibilidad de concebirse como protector de sus hermanos. Entre esos testigos se encontraban los sacerdotes, quienes debían mantener un espíritu de solidaridad y acercamiento a los más desposeídos sintiendo “la necesidad de una expresión más vivencial de su oración, de su ascesis y de su consagración” (II CELAM, 6). La teología nacida en las barriadas declaró desde sus inicios la opción por los pobres. Este principio se hace eco del pensamiento de Karl Rahner al proponer que “la teología dogmática debe llegar a ser una antropología teológica” (Gutiérrez, 1975: 28). El fundamento

40 Implica el llamado pecado estructural del cual realizamos una descripción.

41 La estructura y la superestructura son conceptos que devienen de la concepción marxista y que la TL integró junto con el principio bíblico del pecado original (Gn. 3) y el del pecado imperdonable (Mt. 12, 31) con el fin de manifestar tanto desde una vertiente religiosa como de una política el origen de las desigualdades y la opresión entre seres humanos.

estaba dado a partir de considerar la pobreza espiritual, pero se extendía hacia toda la dimensión trascendental humana. Esa trascendencia humana implicaba que la persona humana era cuerpo y alma, un ser indiviso y por ende pasible de ser redimido en el conjunto de su ser. Por esto, la renuncia material que impone la pobreza material equiparó a los religiosos con aquellos más desposeídos de la sociedad generando una especie de empatía que permitió un diálogo fecundo entre los sacerdotes y las bases eclesiales. Tuvo a bien plantear que era necesario experimentar la pobreza espiritual, pero también, la material siguiendo en ese camino a Jesucristo, ya que “para conocer a Dios es necesario conocer al hombre” (II CELAM, 1). Bajo esta óptica, el trabajo humano no estaba previsto como un medio que generaba la explotación de unos sobre otros o que terminara demarcando a las clases sociales⁴². Por sobre todo se encontraba la opción por una vida junto y desde la perspectiva de los pobres lo cual permitiría una evangelización desde el mismo terreno y óptica bajo la cual se encontraban los más desposeídos. Brighenti plantea que existía “una situación de injusticia institucionalizada que conmina a los cristianos a un compromiso social, dirigido a la liberación de los oprimidos de un sistema que esclaviza y mata” (2008: 16). Al contrario de la opresión, para la TL: “La meta por alcanzar es la de un ser humano libre y consciente que, en una progresiva liberación de mil servidumbres, pueda crecer en su libertad fundamental: la de ser libre hasta el extremo de poder liberarse a sí mismo y darse a los demás” (Boff, 1986: 24).

En conclusión, la TL contenía un mensaje inclusivo, integrador, con una opción preferencial por los pobres a partir de lo cual se puso en marcha toda una obra teológica misional en el continente americano. Para Gutiérrez “la cristiandad es un hecho” (1975: 83) y la misma (Johnson, 2004) debe enfrentar los acontecimientos mundanos como parte de un proceso del cual no se debe desatender la Iglesia. La TL, por ende, se propuso denunciar y reclamar desde una óptica cristiana católica a favor la justicia social en América y el mundo protegiendo a la persona humana bajo el amparo y la protección de los Derechos Humanos.

42 El ser humano no es tomado como un mero “medio” de producción más sino, todo lo contrario, como el ser a quien debe cuidarse por sobre todas las cosas y que debe ser tratado como un fin en sí mismo, valorado, respetado y ayudado en toda su dimensión humana siendo el trabajo una forma de sustento de vida para él con el objetivo de poseer su sustento libre de un sistema de explotación del hombre por el hombre.

Referencias

BIBLIA DE JERUSALÉN. (2009). Bilbao: Editorial Descleé de Brouwer S.A.

BOFF, L. (1986). *Teología desde el lugar del pobre*. Santander: Sal Terrae.

_____ (1992). *Iglesia, carisma y poder. Ensayos de teología militante*. 6ta ed. Santander: Sal Terrae.

BRIGHENTI, A. (2008). Medellín-Aparecida: pre-texto, con-textos y textos. *Pasos* (Segunda época n° 137 mayo-junio), 14-20. San José: DEI, Departamento Económico de Investigaciones. Recuperado de http://bibliotecavirtual.clasco.org.ar/Costa_Rica/dei/20120710111928/medellin.pdf

II CELAM. (1968). *Documento Conclusivo Medellín*. Recuperado de <https://pastoralsocialbue.org.ar/wp-content/uploads/2014/11/Documento-Conclusivo-de-Medellin.pdf>

CATOGGIO, M. (2008). Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y Servicios de Inteligencia: 1969-1970 *Sociedad y Religión: Sociología, Antropología e Historia de la Religión en el Cono Sur*: Vol. XX, núm. 30-31, 171-189. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/3872/387239036009.pdf>

GUTIÉRREZ, G. (1975). *Teología de la liberación. Perspectivas*. 7ª. ed. Salamanca: Ediciones Sígueme.

DOCUMENTOS DEL CONCILIO VATICANO II. (s.f). Recuperado de http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/index_sp.htm

JOHNSON, P. (2004). *Historia del cristianismo*. Barcelona: Vergara.

PABLO VI, *Populorum Progressio*. Recuperado de http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/corunum/documents/rc_pc_corunum_doc_20010423_Fondazioni_populorum_Generale_sp.html

- PIÑERO, A. (2007). *Los cristianismos derrotados*. Madrid: Edaf S.L.
- PONTORIERO, G. (1991a). *Sacerdotes para el Tercer Mundo. Tomo I*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- _____ (1991b) *Sacerdotes para el Tercer Mundo. Tomo II*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- QUIROGA, H. (1985). *Estado, crisis militar y poder militar*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- ROMERO, L. (2012). *Breve historia contemporánea de la Argentina*. C.A.B.A: Fondo de Cultura Económica.
- SOBRINO, J. (1991). *Jesucristo liberador: lectura histórica-teológica de Jesús de Nazareth*. Madrid: Trotta.
- TURRIAGO ROJAS, D. (2018). Breve perspectiva histórica de la teología de la liberación. *Revista de la Universidad de La Salle*, (78), 149-163. Recuperado de <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls/vol2018/iss78/12>